

Alberto Baena Zapatero

“Reflexiones en torno al comercio de objetos de lujo en el Pacífico Siglos XVII y XVIII”

p. 217-250

*A 500 años del hallazgo del Pacífico
La presencia novohispana en el Mar del Sur*

Carmen Yuste López y Guadalupe Pinzón Ríos (coordinadoras)

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2016

426 p.

Ilustraciones, mapas y cuadros

(Serie Historia General, 33)

ISBN 978-607-02-7713-9

Formato: PDF

Publicado: 9 de septiembre de 2016

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/hallazgo_pacifico/novohispana.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2016, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

REFLEXIONES EN TORNO AL COMERCIO DE OBJETOS DE LUJO EN EL PACÍFICO SIGLOS XVII Y XVIII

ALBERTO BAENA ZAPATERO
Universidade Nova de Lisboa
Centro de História d'Aquém e d'Além-Mar
y Universidade das Açores

*En ti están sus grandezas abreviadas, tú las
bastece de oro y plata fina y ellas a ti de cosas
más preciadas. En ti se juntan España con
China, Italia con Japón, y, finalmente, un
mundo entero en trato y disciplina.**

Introducción

En estos versos escritos por Bernardo de Balbuena en 1604, México se presentaba como el centro de un comercio mundial de mercancías y metales preciosos que unía el Oriente con el Poniente. Al autor de la *Grandeza mexicana*, le movía el deseo de exaltar las riquezas del virreinato, entre las que sin duda se encontraban los objetos sofisticados y exóticos que año tras año traía el Galeón de Manila hasta Acapulco. De esta manera, se referiría a los granates de Ormuz, los diamantes de la India, los marfiles de Goa, el ébano pardo de Siam, el ámbar malabar, las sedas chinas de colores, o “la fina loza del sangley medroso”.¹ Sin embargo, ésta fue sólo una visión triunfalista y parcial de la economía mexicana de inicios del siglo XVII, un momento en el que Nueva España se abría al mundo y buscaba que se reconociera su importancia.

* Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana*, México, Porrúa, 2006, p. 80.

¹ *Idem*.

El objetivo de este capítulo es dibujar un cuadro general del comercio y producción de objetos de lujo en el Pacífico durante los siglos XVII y XVIII que, lejos de ofrecer una enumeración exhaustiva de tipos y precios, nos permita revisar algunas ideas tradicionales y plantear nuevas teorías. En especial, se ofrecerá información novedosa sobre un aspecto poco trabajado por la historiografía especializada, el comercio de objetos asiáticos y “achinados” inter-americano, y las producciones locales a las que dio lugar. A partir del estudio de los intercambios culturales que protagonizaron estas manufacturas, trataremos de comprender mejor el alcance de los fenómenos económicos, culturales y artísticos de larga duración en los que se vieron envueltos.

Consideraciones previas sobre el comercio de objetos de lujo en el Pacífico

El asunto a tratar es lo suficientemente amplio como para exigir que nos detengamos en una serie de aspectos iniciales que, por un lado, permitan definir y encuadrar el objeto de estudio y, por el otro, eviten las generalizaciones o los anacronismos históricos.

En primer lugar, debemos delimitar el espacio al que nos vamos a referir ¿qué entendemos por comercio a través del Pacífico? Esta primera cuestión resulta muy relevante ya que pone sobre la mesa las limitaciones de una parte de la historiografía más tradicional. Muchos de los especialistas que se ocupan del Pacífico desde la perspectiva del imperio español sólo llevan su análisis hasta Filipinas, olvidando el origen y los intermediarios de las mercancías que se incluían en el Galeón de Manila.² Por el contrario, los historiadores que estudian el comercio de exportación asiático y la actividad de las compañías comerciales occidentales también se suelen detener

² En el caso de los imperios español y portugués, los trabajos de Russell-Wood o Serge Gruzinski animan a seguir el recorrido mundial de personas, objetos e ideas, superando las fronteras nacionales. Serge Gruzinski, *Las cuatro partes del mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2010; A. J. R. Russell-Wood, *Um mundo em movimento, os portugueses na África, Ásia e América (1415-1808)*, Algés, Difel, 1998.

en “la frontera filipina”, apuntando, en el mejor de los casos, la importancia de la plata americana en los circuitos de la región. Sin embargo, si queremos seguir el recorrido de estos objetos desde su lugar de origen hasta su destino final, estamos obligados a superar los límites imperiales e ir más allá, a sus márgenes y a las conexiones con otras naciones.

Para evitar crear barreras geográficas artificiales conviene tener en cuenta lo que pensaban los contemporáneos de los hechos estudiados. En este caso, la mayoría vio en el Pacífico un espacio integrado que unía las Indias Occidentales con las Orientales. De esta manera, llama la atención que en los inventarios de bienes de la ciudad de Lima se refieran a los objetos de China como “de la otra costa”, mientras que en los filipinos del mismo periodo aparecen muebles “de la costa”, seguramente para referirse a los de factura india que se enviaban desde la costa de Coromandel o también a los chinos.³ En cualquier caso, estos adjetivos nos transmiten la misma idea de que para los españoles de la época se trató de un espacio unido y coherente que abarcaba desde la India hasta Chile.

Asimismo, sólo podemos entender las redes comerciales del Pacífico y la cultura material americana si tenemos en cuenta tanto las rutas oficiales como las no autorizadas. El tráfico intercolonial americano, limitado primero y prohibido definitivamente a partir de 1631, continuó durante todo el periodo que nos ocupa y tuvo un enorme peso en las economías virreinales. En este sentido, los registros de naufragios, los barcos confiscados por las autoridades, los informes presentados al rey por los funcionarios reales y los consulados, o algunos de los objetos incluidos en los inventarios de bienes, nos presentan la evidencia de las conexiones ilegales que se escapaban al discurso oficial de la península. Al margen del contrabando protagonizado por españoles, las potencias extranjeras (ingleses, franceses u holandeses) también contribuyeron a abastecer

³ En el inventario de bienes de 1757 de Álvaro de Navia Bolaño y Moscoso, conde del valle de Oselle, se consignan: “Dos biombos, el uno de maque de China, y otro de pintura”; en la tasación el biombo chino se denomina de la siguiente manera: “un biombo de la otra costa con diez hojas embarnizado”. Archivo General de Lima (en adelante, AGL), *Protocolos Notariales*, 509 esc. González Mendoza, año 1757, f. 468r y f. 651r.

los mercados americanos de todo tipo de mercancías, incluidos los artículos de lujo.

Por otro lado, el análisis de las fuentes documentales tiene el problema de la dificultad en definir el origen de las piezas, ya que en los inventarios se solía calificar como chinos todos los objetos que llegaban en el Galeón de Manila, a pesar de que muchos provenían de lugares diferentes como la India o Japón. Al mismo tiempo, en la ciudad de Manila hubo una población permanente de sangleyes afincados en el barrio del Parián, entre la que existieron numerosos artesanos que producían manufacturas de lujo para la exportación. Éste fue el caso de muchos de los marfiles filipinos pero también pudo suceder con otras manufacturas.⁴ Así por ejemplo, sobre los muebles de narra que encontramos en Filipinas y México se plantea la duda de si fueron realizados por chinos del continente o por residentes en las islas. En algunas ocasiones se definieron con el adjetivo “de la China”, que podría indicar su origen en este reino, pero en otros muchos no tenemos ninguna pista que nos ayude a definir esta cuestión.⁵ El hecho de que esta madera fuera muy común en Filipinas nos lleva a pensar que muchas de estas piezas pudieron realizarse directamente en las islas, desde donde podrían haberse exportado a Nueva España.

Con los biombos nos encontramos con un problema parecido al de los muebles de narra. Una muestra de estas dificultades se refleja en las diferentes teorías sobre la factura del *Biombo del Diluvio* conservado en el Museo Soumaya de la ciudad de México. A pesar de que tradicionalmente se atribuye su obra a la escuela jesuita de Macao, otros autores como Iván Leroy han apuntado que pudo realizarse en Manila, elaborado por artistas asiáticos conversos al

⁴ En Manila, la población china desarrolló una producción artesanal de marfiles que destacaba por la repetición seriada de algunos modelos. Margarita Estella, *La escultura barroca de marfil en España. Escuelas europeas y coloniales*, Madrid, Instituto Diego Velázquez, 1984; Beatriz Sánchez Navarro, *Marfiles cristianos del Oriente en México*, México, Fomento Cultural Banamex, 1985; José Manuel Casado Paramio, *Marfiles hispano-filipinos*, Valladolid, Museo Oriental de Valladolid, 1997. Ana Ruiz Gutiérrez, “Marfiles hispano-filipinos: protagonistas en el intercambio cultural de la Nao de China”, en Salvador Bernabéu (ed.), *La Nao de China: navegación, comercio e intercambios culturales*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013, p. 183-212.

⁵ Archivo General de la Nación, México (en adelante, AGNM), *Civil*, v. 1693, exp. 4, año 1713, f. 10v.

servicio de la Corona española.⁶ Apoyando esta misma teoría, contamos con dos testimonios que pueden sugerirnos que los biombos se realizaban también en Manila en el siglo XVIII o por lo menos que hubo talleres donde se remataban las piezas mandadas desde China, seguramente incluidas en la elaboración de todo tipo de muebles de maque. El primer indicio lo encontramos en el cargamento transportado por el barco *Nuestra Señora del Carmen* en 1769, en que aparece “un cajón con cincuenta y dos hojas de loza de maque colorado para dos beobos”.⁷ Estos materiales se encontraban junto a otros venidos de Cantón para producir camapes o taburetes de maque, lo que podría indicar que se mandaban materias primas para la fabricación posterior de estos muebles. Finalmente, entre las propiedades que en 1720 tenía en Manila el maestre de Campo Esteban de Eguiño había “doce tablas de maque negro para biobo de estrado”, que pudieron ser montadas por algún artesano especializado, reutilizadas en la elaboración de otro tipo de muebles o vendidas para decorar las paredes de algún palacio.⁸

En segundo lugar ¿qué entendemos por objetos de lujo? El criterio que se sigue en este trabajo es fundamentalmente económico, por delante de consideraciones artísticas y culturales que indudablemente también desempeñaron un papel importante en la valoración que se les dio. Por lo tanto, nos ocuparemos de objetos con precios elevados, que solían ser minoritarios en los cargamentos, y que siempre tenían un valor suntuario añadido.

En el caso del comercio entre Asia y América, investigadores como Mariano Bonialian han sugerido que su éxito se debió a la importación de mercaderías ordinarias y baratas para un sector consumidor muy amplio, cuyos cargamentos se completaban con algunas piezas de lujo que se beneficiarían de las rutas abiertas.⁹ Siguiendo esta idea, también aquí conviene hacer varios matices: si bien en las

⁶ Iván Leroy, “El Diluvio”, en Gustavo Curiel y otros, *Viento detenido, mitologías e historias en el arte del biombo*, México, Museo de Soumaya, 1999, p. 119-134.

⁷ Archivo General de Indias (en adelante, AGI), *Filipinas*, 942, n. 5, 145v y 187v.

⁸ “Esteban de Eguiño tenía también cuatro biombos de papel”, AGI, *Filipinas*, 170, n. 4, 14v.

⁹ Mariano Bonialian, *El Pacífico hispanoamericano, política y comercio asiático en el imperio español (1680-1784)*, México, El Colegio de México, 2012.

bodegas de los barcos que viajaban hasta América las mercancías mayoritarias eran los textiles (rollos de sedas y algodón en fardos), donde cada pieza por separado tenía poco valor, éstas no fueron las únicas que se enviaron. También hubo algunos cortes de tela de gran calidad y tejidos que, por su manufactura y materiales (sedas y damascos, tafetán, hilo de oro, bordados y aderezos), pueden ser calificados como lujosos. Estos últimos solían transportarse por separado, muchos dentro de cajas elaboradas para protegerlos y subrayar su carácter excepcional, y fueron habituales en las propiedades de los tripulantes. Entre estas piezas destacaron las destinadas a la liturgia (casullas y adornos de las iglesias) y las ropas de cama (diversos tipos de colgaduras, cubrecamas y colchones de suntuosos materiales), que fueron comunes en los inventarios de bienes de los personajes acaudalados de los siglos XVII y XVIII. Acostumbraban a tener su origen en la India o en China, pudiendo llegar a ser la propiedad más cara de todo el ajuar doméstico. También hubo varios tipos de prendas de vestir con acabados de calidad, pero destaca el éxito de los quimonos por tratarse de un corte de origen oriental que se asumiría en Occidente a modo de bata.¹⁰

Por otro lado, las últimas investigaciones y los registros arqueológicos estudiados por el INAH parecen indicar que, por lo menos en lo que se refiere a la Nueva España, hubo porcelanas de varios precios, convirtiéndose en el siglo XVIII en una mercancía al alcance de un amplio conjunto de la población.¹¹ Se trata, por lo tanto, de

¹⁰ Andreia Torres, “Quimonos chinos y quimonos criollos. La moda novohispana en el cruce entre Oriente y Occidente”, en Salvador Bernabéu (ed.), *La Nao de China: navegación, comercio e intercambios culturales*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013, p. 247-279.

¹¹ Son varias las excavaciones realizadas en el centro histórico de la ciudad de México: Patricia Fournier, *Evidencias arqueológicas de la importación de cerámica en México con base en los materiales del Ex-Convento de San Jerónimo*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1990 (Colección Científica 213, Serie Arqueológica); Octavio Corona Paredes y otros, *Rescate Av. Juárez No. 70, Colonia Centro, DF*, informe técnico final inédito, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Dirección de Salvamento Arqueológico, 2000; Francisco González Rul, “La cerámica postclásica y colonial en algunos lugares de la ciudad de México y el área metropolitana”, en Mari Carmen Serra y Carlos Navarrete (eds.), *Ensayos de alfarería prehispánica e histórica de Mesoamérica. Homenaje a Eduardo Noguera Auza*, México,

un debate abierto. Florence y Robert Lister han señalado que las piezas finas y de gran tamaño mantendrían un valor elevado durante todo el periodo virreinal, mientras que las vajillas pequeñas y de calidad inferior serían cada vez más abundantes y baratas.¹² Sin embargo, Patricia Fournier matiza esta afirmación ya que, después de estudiar los inventarios de tiendas y testamentos, concluye que las tazas y los tazones de porcelana oriental mantienen un precio más alto que el resto de las lozas.¹³ Además, es necesario recordar que durante el siglo XVIII también fue común encontrar en los inventarios cerámicas japonesas que solían tener un mejor acabado que las realizadas en China, y cuya existencia a menudo ha quedado oculta bajo el adjetivo común de porcelanas orientales.

Algunos de los bienes registrados nos permiten reflexionar sobre el binomio global-local. Así, frente a una cultura material y unos valores sociales comunes a América y Europa (y en muchos casos a Asia también), surgieron manufacturas que se adaptaban a las características y a los gustos particulares de cada región.

Por un lado, los artesanos asiáticos adaptaron sus producciones a los gustos occidentales, introduciendo formas de muebles y de vajillas que no se usaban en esta parte del mundo (para Nueva España es famoso el caso del encargo de mancerinas utilizadas para tomar chocolate).¹⁴ Por otro, el proceso de incorporación de objetos de origen oriental a la cultura material occidental no hubiera sido posible sin innumerables procesos de redefinición del uso y significado que se daba a estos objetos en la vida cotidiana.

Desde el siglo XVII, muchos de los productos de lujo que arribaban a América desde Europa o Asia tuvieron que competir con manufac-

Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, 1988, p. 387-415.

¹² Florence C. Lister y Robert H. Lister, *Sixteenth Century Maiolica Pottery in the Valley of Mexico*, Tucson, The University of Arizona Press, 1982, p. 79.

¹³ Patricia Fournier, "Tendencias de consumo en México durante los periodos colonial e independiente", en J. Gasco, G. Smith y P. Fournier (eds.), *Approaches to the Historical Archaeology of Middle and South America*, Los Ángeles, University of California, The Institute of Archaeology, 1997 (Monograph 38), p. 49-58.

¹⁴ George Kuwayama, *Chinese Ceramics in Colonial Mexico*, Los Ángeles, Los Angeles County Museum of Art/University of Hawaii Press, 1997, p. 18.

turas locales que diversificaron la oferta del mercado. Al reducir los gastos del transporte y recurrir tanto a la mano de obra como a los materiales de la zona, los artesanos locales podían facilitar el acceso a las piezas y ofrecer precios más económicos. Además, la influencia artística asiática dio como resultado manifestaciones de arte híbrido en Nueva España como los enconchados, las lacas de Michoacán o la cerámica poblana, que recogieron la tradición artística de tres continentes y la transformaron en algo nuevo y original.

Por otra parte, el éxito de los objetos orientales en los ajuares domésticos de las principales familias criollas sólo se entiende teniendo en cuenta las dimensiones global y local. El hecho de que Nueva España fuese designada por la Corona como lugar de paso obligado para las mercancías que se enviaban desde Filipinas a España, situó al virreinato en el centro del comercio mundial y favoreció la abundancia de estos productos en sus ferias a precios económicos. A esta situación se unirían las circunstancias específicas del virreinato durante los siglos XVI y XVII, que estimularon una demanda que se mantendría hasta la independencia. Las nuevas sociedades surgidas de la conquista y la colonización del continente se encontraban en pleno proceso de consolidación y demandaban símbolos de estatus que reflejasen su jerarquía social. La aristocracia criolla estaba formada por un grupo muy heterogéneo de conquistadores, aventureros, funcionarios y colonos enriquecidos por las oportunidades abiertas en ultramar que buscaban afirmar su posición. Por lo tanto, al deseo de ostentar se unía la búsqueda de reconocimiento social, si este grupo quería ser calificado de nobleza americana estaba obligado a vivir con tanto o más lujo que sus homólogos europeos.

De esta manera, a la fascinación occidental por todos aquellos objetos del Lejano Oriente rodeados de un halo difuso de refinamiento y sofisticación, se uniría en América la dificultad para acceder a las manufacturas europeas y su alto costo. Recordemos que el comercio con Filipinas era controlado por los comerciantes novohispanos mientras que el Consulado de Sevilla era el que determinaba el que venía por el Atlántico, decidiendo su frecuencia y los precios de sus mercancías.

El movimiento de objetos de lujo en el Pacífico

Desde finales del siglo XVI, el Galeón de Manila se integró con éxito dentro de las redes comerciales que se tejieron en el Pacífico, muchas de las cuales eran anteriores a la llegada de los europeos y fueron mantenidas por mercaderes locales. En este sentido, el puerto de Cavite constituye un caso excepcional dentro del imperio español ya que fue el único abierto a otras naciones extranjeras, siempre que fueran asiáticas. De esta situación excepcional se beneficiaron comerciantes chinos, japoneses, armenios e incluso musulmanes, que llegaron hasta Manila cargados de mercancías para el galeón. Para evitar que el comercio filipino dependiera de la intermediación de estos extranjeros, desde el siglo XVI sucesivos gobernadores de Filipinas trataron de llegar a acuerdos comerciales con varios reinos del continente surasiático, pero nunca alcanzaron un éxito permanente.¹⁵

Junto a los asiáticos, durante los años de unión dinástica fueron habituales los barcos de bandera portuguesa venidos desde la India, Macao o Nagasaki, ya que estos comerciantes tuvieron la virtud de integrarse en los circuitos de intercambios regionales. A pesar de que entre las condiciones aceptadas por Felipe II en las Cortes de Tomar al poco tiempo de proclamarse rey de Portugal se estableció una separación administrativa y comercial entre los dos imperios, los barcos fletados en los puertos lusos arribaron con asiduidad a Cavite para hacer negocios.¹⁶ Durante este periodo, Macao fue visto por los españoles como el lugar más adecuado para hacerse con objetos de lujo

¹⁵ Los intentos castellanos por establecer un puerto en la costa de Fujian, similar al que disfrutaban los portugueses en Macao, fue continuado en el siglo XVIII por las expediciones enviadas por el gobernador Fernando Manuel de Bustillo Bustamante a Siam y Tonquín en 1718. Véanse José Díaz de Villegas, *Una embajada española a Siam a principios del siglo XVIII*, Madrid, Centro de Estudios Montañeses, 1967; José María Silos Rodríguez, *Las embajadas al sudeste asiático del gobernador Bustamante (Filipinas 1717-1719)*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2005.

¹⁶ Entre 1577 y 1643 han quedado registradas 63 embarcaciones cuyo origen era Macao, además de otras siete que llegaron en 1612 y que, aunque se conoce que eran tripuladas por naturales de este reino, se ignora si procedían de Goa o de Macao. AGI, *Contaduría de la Real Hacienda de Filipinas*. Datos obtenidos en el proyecto “Prosopografía de las comunidades lusófonas residentes e de passagem nas

orientales, como demuestra el hecho de que el gobernador de Filipinas, Juan de Silva, enviase varias veces a su criado Pedro Angulo con esta misión.¹⁷ El encargo de piezas desde Nueva España a esta ciudad también debió de ser algo habitual, recordemos que la reja del coro de la catedral de México fue fundida en Macao por un artesano chino.

Los portugueses actuaban de intermediarios comerciales entre China y Japón, la mayoría de las mercancías que llevaban hasta Nagasaki eran sedas, algodón, metales, azogue o cerámicas, mientras que a su vuelta abundaba la plata y algunos productos de lujo. De esta manera, desde Nagasaki se enviaban a Goa catanas, “muchas cantidad de camas doradas, mesas y escritorios”,¹⁸ y los famosos biombos namban, de los que el jesuita Luis Fróis afirmaba que “van cada año para la India muchos”.¹⁹ Al mismo tiempo, no fue extraño que los barcos portugueses cargados con productos chinos se dirigiesen a Manila desde Nagasaki, consiguiendo así un trato fiscal más favorable al que recibían cuando lo hacían directamente desde el continente. De esta manera, los comerciantes lusos solían asociarse con japoneses cristianizados para realizar sus negocios en Filipinas. Antonio de Morga dejó registrado cómo barcos con tripulaciones de ambas naciones arribaban cargados con muchas de las mercancías niponas que se destinarían al galeón:

Algunas sedas tejidas de matices, curiosas, biouos al olio y dorados, finos y bien guarnecidos; todo género de cuchillería, muchos cuerpos de armas, lanzas, catanas, y otras visarmas, curiosamente labradas, escritorrillos, cajas y cajuelas de maderas, con barnices y labores curiosas, y otras bujerías de buena vista.²⁰

Gracias a estas redes comerciales, no fue extraño que mercaderes o funcionarios adinerados de Nueva España lucieran en sus salones

Filipinas (1582-1654)” financiado por Fundação para a Ciência e a Tecnologia, Portugal.

¹⁷ AGI, *Filipinas* 20, r. 11, n. 70. Citado en Juan Gil, *La India y el Lejano Oriente en la Sevilla del Siglo de Oro*, Sevilla, Biblioteca de Temas Sevillanos, 2011, p. 325-326.

¹⁸ AGI, *Patronato*, 46, r. 31.

¹⁹ Luis Fróis, *Historia de Japam*, Lisboa, Biblioteca Nacional, 1984, v. V, p. 313.

²⁰ Antonio de Morga, *Sucesos de las Islas Filipinas*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007, p. 289-290.

piezas de origen japonés como símbolos de estatus o cosmopolitismo. Alonso de Rueda, escribano de la ciudad de México, declaró en 1622 tener “un tabernáculo de madera del Japón con sus puertas, pintado y con flores de nácar y en él un crucifijo”, mientras que en 1626 el mercader Pedro de Burgos contaba con un biombo de Japón “pintado y dorado” entre sus propiedades. La descripción de ambos objetos indica que pudieron ser de estilo *namban*, las de tipo religioso fueron realizadas en Nagasaki por artesanos de la escuela jesuita.²¹ Durante la segunda mitad del siglo XVI y la primera del XVII, la actividad misionera en Asia propició una gran demanda de imágenes. La necesidad que tenían las nuevas iglesias construidas en la zona de objetos litúrgicos y el deseo de los recién convertidos por disfrutar de los mismos en sus casas estimularon la búsqueda de soluciones. De esta manera, los jesuitas instalados en las islas abrieron escuelas donde se impartía a los naturales diversos conocimientos y técnicas occidentales, ocupando un lugar importante el estudio de las artes plásticas. Estas obras de carácter religioso junto a otras de tipo militar fueron muy valoradas por los europeos y en algunos casos fueron exportadas hacia Europa o América.

A partir de la segunda mitad del siglo XVII el escenario político del Pacífico cambia. En este nuevo contexto, la mayoría de la historiografía ha defendido la idea de que la intermediación con Manila ejercida por los portugueses se reduciría progresivamente debido a varios factores: el clima bélico que se vivió entre España y Portugal como consecuencia de la secesión lusa; la expulsión de los portugueses de Japón y la prohibición del catolicismo; las derrotas militares con la consecuente pérdida del control de las principales rutas comerciales de la zona en favor de nuevas potencias europeas, especialmente los holandeses; o el progresivo ascenso que experimentó Cantón como lugar de compraventa de mercancías asiáticas.

Las razones aducidas han llevado a minimizar la contribución portuguesa al comercio filipino después de la unión dinástica; sin embargo, es necesario revisar esta hipótesis. Las naves lusas continuaron llegando a Filipinas, si bien es cierto que la guerra o el clima de hostilidad entre estos dos reinos pudieron haber afectado

²¹ AGI, *México*, 259, n. 222, f. 635v.

al comercio desde Macao, puesto que entre 1643 y 1672 se registra un parón en la entrada de barcos desde este puerto.²² A partir de esta fecha se restablecería la relación. Además, la ausencia de barcos comandados por capitanes portugueses durante estos años no debe indicar necesariamente que quedasen al margen del comercio con Manila, ya que pudieron seguir con su actividad asociados a algún español o a través de intermediarios asiáticos.

Para el siglo XVIII, George Bryan Souza ha señalado que los comerciantes portugueses supieron adaptarse a las nuevas circunstancias, buscando nuevos mercados y colaborando con chinos, europeos y armenios.²³ Si analizamos, por ejemplo, la actividad de la minoría armenia residente en Manila comprobamos que llegaron hasta su puerto barcos provenientes de la costa de Coromandel con tripulaciones y mercancías compartidas por ambas naciones. Asimismo, las críticas del Consulado de Manila y de algunos memoriales presentados al rey hacia los negocios de los portugueses nos sugieren que la actividad de esta comunidad continuó siendo importante en esta centuria. Entre los detractores destaca Francisco Muñoz y San Clemente, que llegó a escribir un informe sobre el comercio de las islas en el que insistía en la necesidad de “cortar el tirano comercio de los armenios y portugueses, los cuales como únicos para quienes estaba abierto imponían la ley que querían a los comerciantes en el precio y calidad de las mercancías que ellos necesitaban para remitir a Nueva España”.²⁴ De esta manera, es posible suponer que muchos de los marfiles o de los muebles de la India que encontramos en los inventarios de Filipinas o Nueva España del siglo XVIII pudieron viajar de la mano de estos comerciantes.

Por otra parte, la documentación indica que Macao mantuvo su posición como lugar de paso para muchas de las mercancías que los españoles negociaban en Cantón. Este último aspecto quedó

²² Pierre Chaunu, *Las Filipinas y el Pacífico de los ibéricos, siglos XVI-XVII-XVIII*, México, Instituto Mexicano de Comercio Exterior, 1976, p. 142-169.

²³ George Bryan Souza, *The Survival of Empire: Portuguese Trade and Society in China and the South China Sea, 1630-1754*, Cambridge, University Press, 2004.

²⁴ *Reflexiones de don Francisco Muñoz y San Clemente sobre el comercio de las Islas Filipinas* (1788), Biblioteca del Palacio Real (Madrid), II/2855, f. 108r y 108v.

resumido en un informe de 1770 sobre el “comércio da China com as nações europeias” conservado en el Archivo Ultramarino de Lisboa:

Os hespanhoes vao de Manila a Macau e logran os mesmos privilegios que os portugueses; indo porem para Cantao, vao asistir em caza de hum china, no districto, que a Companhia do Conguo tem determinado aos europeos; fazendo o seu maior emprego en sedas tecidas de toda sorte, e con ella, as quaes carregado em Macau e as leuao para as terras de suas conquistas, e da Europa, quando em Manila se achao navios, que commumente sao de el Rey.²⁵

Desde finales del siglo XVII, Cantón ganó importancia como puerto de origen de las mercancías chinas de exportación. En la centuria siguiente, las compañías comerciales occidentales se dirigieron hasta este puerto en busca de los preciados productos chinos, pero también de otras regiones. Desde 1641 hasta el siglo XIX, los únicos extranjeros autorizados a comerciar directamente con Japón fueron los holandeses afincados en la isla de Dejima, en la bahía de Nagasaki. Sin embargo, por medio de los negociantes chinos muchos de estos productos se redistribuían posteriormente en Cantón.²⁶ Esta situación explicaría la presencia de numerosos muebles de lujo o cerámicas japonesas en los inventarios de bienes de Manila y Nueva España durante la segunda mitad del siglo XVII o a lo largo del siglo XVIII.

Por lo tanto, gracias a la intermediación de los comerciantes asiáticos y europeos pudo abastecerse la enorme demanda de productos de todo tipo que cada año generaba el Galeón de Manila. Las mercancías más solicitadas eran los textiles y las porcelanas, pero también se incluían en el tráfico abierto algunas otras manufacturas de lujo, aunque fuese en una proporción mucho menor. Así, muebles, biombos, marfiles, abanicos, todo tipo de objetos de maque desde bateas y cajitas hasta mesas, sillas o escritorios, alfombras,

²⁵ Archivo Historico Ultramarino (en adelante, AHU), *Conselho Ultramarino*, Macau, caja 6, doc. 18, 27 de octubre de 1770.

²⁶ Los registros y diarios de comerciantes holandeses de Dejima han sido publicados en varios volúmenes por Institute for the History of European Expansion de Leiden y por The Japan-Netherlands Institute.

trabajos en filigrana y joyas, cojines, ropa de cama y colgaduras, pinturas chinas, etcétera, eran conducidas de Manila a Acapulco, y de aquí a Europa o al resto de América. Un ejemplo de la variedad de objetos suntuarios de diferentes partes de Asia que se podía encontrar en Filipinas a finales del siglo XVII lo tenemos en el inventario de bienes del gobernador Fausto Cruzat y Góngora. Entre las propiedades que en 1701 lo acompañaron a su vuelta a México se encontraban numerosos muebles japoneses, 21 escritorios, 10 de ellos de maque fino; abundante porcelana, objetos de laca, abanicos y quimonos chinos; varias figuras de marfil (niños, manos, crucifijos...) y hasta tres camas de ébano de estilo salomónico hechas en la India. Entre estos objetos llama la atención la presencia de 11 biombo japoneses de diferentes tamaños y materiales (maqué, madreperla, oro y piedra ágata), auténticos trabajos de lujo de calidad superior a los chinos. Todos estos objetos de orígenes distintos se colocaban mezclados en los salones de los palacios, creando ambientes “orientales” que respondían a la imagen idealizada que en Occidente se tenía de Asia y al desconocimiento de su heterogeneidad.

En ocasiones las referencias que encontramos en los inventarios sirven para ponernos en contacto con la realidad comercial de la época y romper con la imagen que nos transmite la historia política. Éste es el caso, por ejemplo, de uno de los muebles que fuera propiedad del bachiller Domingo Díaz, quien en 1690 era clérigo, presbítero y secretario del arzobispo de Manila, Felipe Pardo. Aunque, como vimos, desde 1640 Japón se cerró en teoría al comercio con los ibéricos y sólo mantuvo trato con los holandeses, en el palacio episcopal se encontraba una “escribanía del Japón pintada con las armas del excelentísimo señor Domingo”.²⁷ Si fuéramos capaces de reconstruir el proceso seguido para encargar esta pieza, desde el envío del modelo al artesano japonés hasta su viaje a Filipinas, seríamos capaces de comprender mejor las conexiones comerciales que se tejieron en esta parte del Pacífico.

En el siglo XVIII, los residentes en Manila continuaron con la costumbre de encargar obras de arte según sus gustos a artesanos chinos. Así, en 1774 el gobernador de Filipinas, Simón de Anda y

²⁷ AGI, *Filipinas*, 26, r. 1, n. 1, f. 9v.

Salazar, aprovechó uno de los barcos autorizados a comerciar con España a través del Cabo de Buena Esperanza para enviar a su hijo 11 cajones llenos de piezas preciosas, entre las que se encontraban “Veinte cueros maqueados y pintados en ellos la historia de don Quijote de la Mancha componen dos biombos”.²⁸ Este tipo de encargos nos pone en relación con otra vertiente de la investigación en la que no podremos detenernos, la circulación mundial de grabados, los cuales estuvieron detrás de muchos de los diseños iconográficos que los artesanos asiáticos trasladaron a pinturas o biombos.

Otro caso interesante es el de los muebles de narra, a los que ya aludimos con anterioridad, piezas consideradas de lujo entre las que abundaron las realizadas con incrustaciones de hueso. Independientemente de cuál fuese su origen, muchos de estos muebles se exportaron en dirección a América. En los ejemplos localizados en los inventarios novohispanos llama la atención que su precio no fuera muy superior al de otros ejemplares realizados en la tierra con maderas diferentes. Así, por ejemplo, en 1694 el contador de la Audiencia, Miguel Jerónimo de Ballesteros, tenía entre sus propiedades “un escritorio de narra de media vara con su llave apreciado en 6 pesos”, valor similar al de “otro escritorio de la sierra de tres cuartas con su llave en 6 pesos” y “un contadorcito de carei de Campeche con su llave apreciado en 5 pesos”.²⁹

Una vez que las mercancías de la Nao de China llegaban a Acapulco, en teoría debían quedarse en Nueva España o continuar camino en dirección a Castilla. Sin embargo, una cantidad importante se enviaba de contrabando hacia América Central y del Sur, en especial a Perú. A pesar de las restricciones iniciales y a la prohibición posterior del comercio entre virreinos, muchos productos orientales partieron rumbo al Callao. Los barcos peruanos navegaban cada año hasta los puertos de Acapulco, Zihuatanejo, Huatulco, Realejo y Sonsonate, transportando plata, azogue, cacao y vino, y

²⁸ AGI, *Contratación*, 2437, n. 3, f. 403r.

²⁹ AGN, *Civil*, v. 1569, exp. 2, año 1694, f. 10v. Otros ejemplos de muebles de narra en inventarios novohispanos: “Una caja de narra de China con su erraje en 28 pesos”. AGN, *Civil*, v. 1693, exp. 4, año 1713, f. 10v; “Baúles de narra en 16 pesos”, AGN, *Civil*, v. 323, exp. 1, año 1725, f. 26r.

retornaban tiempo después cargados con mercancías europeas, mexicanas y asiáticas. En el resto de América, los objetos asiáticos no llegaban con tanta facilidad como lo hacían hasta México y fueron piezas al alcance sólo de una minoría adinerada, aun así fue posible localizarlos entre el ajuar doméstico de las élites de Lima o, en menor medida, de Santafé de Bogotá.

Asimismo, la entrada de estas mercancías no se debió sólo al comercio llevado a cabo por los grandes mercaderes limeños sino que hubo un importante volumen de obras de arte que circularon a través de la monarquía católica gracias al movimiento de personas que conllevaba tanto la administración de los territorios como la carrera de Indias. En el caso de Perú, también se pudieron utilizar los barcos que transportaban a las dignidades eclesiásticas o civiles destinadas al virreinato para transportar mercancías ilegales venidas desde Asia. El viajero italiano Gemelli Careri pudo comprobar cómo en 1697 coincidieron en el puerto de Acapulco la Nao de China con el navío que debía trasladar al nuevo virrey del Perú, conde de Cañete, hasta Lima. Esta situación fue aprovechada por los comerciantes peruanos para transbordar una gran parte de los productos asiáticos de la nao hasta el barco que debía conducir al señor virrey, seguramente con su complicidad.³⁰

Desde el siglo XVII, el contrabando de potencias extranjeras fue aumentando debido a las facilidades proporcionadas por las autoridades locales y a la coyuntura política europea. Primero serían los franceses quienes se introducirían en el comercio colonial beneficiándose de la colaboración entre Felipe V y Luis XIV, y después los ingleses como consecuencia de los tratados de Utrecht. Un buen ejemplo de esta injerencia extranjera lo encontramos en la denuncia que hace el Consulado de Comerciantes de Lima en 1713, merced a los trastornos ocasionados por la guerra de Sucesión española:

Pues no hay puerto desde el de Guayaquil hasta el de Valparaiso del reino de Chile en que no hay bajeles franceses con grave perjuicio de este aflijido comercio, que se halla en el último término de su ruina, y

³⁰ Francisco R. Calderón, *Historia económica de la Nueva España en tiempo de los Austrias*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 587.

ha llegado el exceso a término que no contentándose con vender sus mercaderías que traen de Francia en dichos puertos de barlovento y sotobento han pasado a hacer viaje a la China y volver a estas costas cargados de las mercancías de dichos reinos de China.³¹

Esta situación comienza a modificarse desde la segunda mitad del siglo XVIII cuando se producirá la apertura progresiva del tráfico directo entre Asia y Sudamérica, tanto a través de la Real Compañía de Filipinas, que tendrá una de sus sedes abierta en la ciudad de Lima, como a partir de la autorización del comercio con las naciones neutrales a finales de la centuria. Sin embargo, en lo que a los inventarios de bienes de la ciudad de los Reyes se refiere, no se percibe un cambio cuantitativo. Los productos orientales siempre habían sido comunes en los ajuares de los potentados, si bien que en un número menor de lo que se observa en México. De esta manera, el comercio legal vendría a sustituir el contrabando tradicional que practicaban comerciantes mexicanos y peruanos desde Acapulco, o al que llevaban a cabo potencias extranjeras.

Según se desprende del análisis de estos mismos inventarios, las principales mercancías que llegaban a Lima desde Asia eran las telas, corrientes o de lujo, la porcelana y los muebles, especialmente cajas, mesas, escritorios y biombos. Así, en los salones de las grandes fortunas del virreinato eran comunes las parejas de tibores de varios tamaños y los escaparates con vidrieras que dejaban ver los mejores ejemplares de la colección particular. El doctor Miguel de Valdivieso y Torrejón, abogado de la Real Audiencia y catedrático en la Universidad de San Marcos, tenía en “la cuadra” una colgadura de rosalito de China a flores, ocho tibores entre grandes y medianos valorados en 1 000 pesos y hasta dos platonos de China, mientras que en el cuarto de dormir lucía un armario de caoba embutido de cocobolo, naranjo y concha perla con piezas de China de varias clases, junto a otros dos tibores más.³² En el caso de los biombos chinos o japoneses, en el siglo XVIII ya eran habituales en

³¹ AGL, *Consulado*, caja 123, TC-GR2, *Contrabando y Expulsión de Extranjeros*, leg. 2, cuaderno 9, año 1713.

³² *Ibidem*, *Protocolos Notariales*, 451, *Gervasio de Figueroa*, 1776-1779, f. 264v-316v.

México o Lima,³³ pero además su uso se había extendido a ciudades periféricas como Quito,³⁴ Córdoba,³⁵ Santafé de Bogotá³⁶ o, incluso, Potosí.³⁷

Además no fue extraño encontrar en los inventarios trabajos de marfil, cajas y cofres de laca, abanicos chinos de diferentes materiales o, desde finales del siglo XVIII, papel pintado de China que se destinaría a la decoración de las paredes de los interiores palaciegos. Como sucede en el caso de Nueva España, también en Perú aquellos comerciantes que se ligaban al comercio con Asia aprovecharon su situación privilegiada para enriquecer su ajuar doméstico con piezas venidas de Oriente. El conde de Fuente González, primer factor de la Compañía de Filipinas en Lima, es un buen ejemplo, ya que contaba con hasta ocho mesas de charol de la China.³⁸

Manila fue, por lo tanto, la puerta principal por la que desfilaron las mercancías orientales rumbo a América, pero no fue la única. Cabe además a los portugueses la apertura de una nueva ruta comercial de objetos asiáticos con América. Durante la segunda mitad del siglo XVII y a lo largo del siglo XVIII hubo una importante relación comercial de los puertos brasileños de Río de Janeiro y Salvador con los de Goa y extremo oriente (autorizado por la Corona lusa a partir de 1672). Durante estos viajes intercoloniales se cambiaban

³³ María Dolores Crespo, *Arquitectura doméstica de la Ciudad de los Reyes (1535-1750)*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2006.

³⁴ María Salazar Betancurt tenía un biombo de cama en Quito. AGI, *Quito*, 131, n. 71, f. 73 y s.

³⁵ Rosa Carranza contaba con uno en su cuarto. C. E. Moreyra, “Vida cotidiana y entorno material. El mobiliario doméstico en la ciudad de Córdoba a fines del siglo XVIII”, *Historia Crítica*, n. 38, 2009, p. 122-144.

³⁶ Mariana Preto Dávila tenía en su dormitorio “Un biombo grande pintado al óleo con dies puertas”; Margarita de León tenía en el estrado de la sala de alcoba un biombo de madera, además poseía un biombo forrado con pinturas, algo viejo y otro forrado en lienzo. María Pilar López Pérez, “El objeto de uso en las salas de las casas de habitación de españoles y criollos en Santafé de Bogotá. Siglos XVII y XVIII en el Nuevo Reino de Granada”, *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, n. 74-75, 1999, p. 99-134.

³⁷ En 1775, don Luis de Quintanilla tenía un “Beumbo que consta de seis lienzos o piezas de guadamesi”, Archivo Histórico Nacional de Madrid, *Consejos*, 20371, exp.1, f. 17r.

³⁸ AGI, *Real Audiencia, Causas Civiles, Siglo XIX*, leg. 67, c. 674 (1806), f. 1r-41r.

telas de la India, sedas chinas, porcelanas, muebles de laca y especias venidas de Asia por azúcar, tabaco, oro o diamantes.³⁹ Una parte de estas mercancías se quedaba en Brasil, como el biombo del Museo de Oriente que perteneció al conde de Ribeira Grande entre los siglos XVIII y XIX, mientras que el resto continuaba su recorrido a través de las diversas vías de comercio ilícito que unían la América portuguesa con Argentina, Chile o Perú. Entre 1680 y 1762, el centro de este contrabando estuvo localizado en la colonia de Sacramento (en el actual Uruguay) y debe reconocerse por la historiografía del imperio español como una vía de relación con Asia, complementaria a la del Galeón de Manila.

Por último, conviene señalar que por el Pacífico también circularon objetos de lujo provenientes del comercio Atlántico, en este caso de origen europeo. La presencia en algunos palacios americanos de tapices (poco comunes por su reducida oferta y alto valor), cuadros de pintores de escuelas europeas (España, Italia, Flandes...), vidrios (Bohemia, Venecia o la Granja), relojes y muebles (Alemania, España, Francia o Inglaterra) o cerámicas europeas de lujo (Talavera...), ya ha sido tratado por la historiografía. Se trataba de productos que la mayoría de las veces eran más caros que los asiáticos pero que contaban con la ventaja de poder moverse a través de los circuitos oficiales. Hasta la segunda mitad del siglo XVIII llegaban a través del sistema de galeones, conducidas desde Sevilla o Cádiz hasta Veracruz y Panamá, de donde se enviaban al Callao. Pero muchas de estas mercancías también se transportaron a través del movimiento de personas o del contrabando de las potencias extranjeras a los que ya nos referimos. Durante el siglo XVIII encontramos la presencia de numerosos muebles hechos “a la inglesa” o “a la francesa” prueba de la influencia que tuvo la llegada de estas piezas europeas de moda y quizás también al conocimiento de los álbumes de Thomas Chippendale, Hepplewhite o de Sheraton. Finalmente, la apertura de los puertos a las naciones neutrales hizo que los

³⁹ Anthony John R. Russell-Wood, “A dinâmica da presença brasileira no Índico e no Oriente. Séculos XVI-XIX”, *Topoi*, Río de Janeiro, septiembre 2001, p. 9-40; José Roberto do Amaral Lapa, *O Brasil e as drogas do Oriente*, Marília, Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras, 1966.

comerciantes españoles, incapaces de cubrir las necesidades americanas, fueran definitivamente sustituidos por extranjeros.

*Manufactura y comercio de objetos de lujo americanos
a través del Pacífico*

Al margen de las manufacturas asiáticas y europeas que alcanzaron América, los artesanos locales también comenzaron a producir objetos de lujo realizados con materiales importados o autóctonos. Es célebre el hecho de que el considerable consumo de mercancías asiáticas en Nueva España tuvo un profundo impacto en las artes del virreinato. La afición de los españoles enriquecidos por este tipo de productos estimuló la elaboración de biombos mexicanos, muebles con incrustaciones de concha nácar, objetos de madera y laca, enconchados, o cerámicas con formas y diseños parecidos a los de la porcelana.

Para la mayoría de estas manufacturas se ha insistido en la posibilidad de que su nacimiento pudiera tener relación con la introducción en Nueva España de población foránea. Según esta idea, artesanos asiáticos habrían llegado como pasajeros, polizones o esclavos en alguno de los galeones que venían desde Manila cada año o con una de las dos comitivas diplomáticas de japoneses que atravesaron Nueva España a inicios del siglo XVII. A pesar de la opinión generalizada a favor de esta teoría, debemos subrayar el hecho de que hasta el momento no hay ninguna prueba concluyente documental que apoye la hipótesis de que fueron personas de origen asiático las que iniciaron la fabricación de biombos o enconchados en el virreinato, sino todo lo contrario. Sin descartar la posible intervención de chinos o japoneses cristianizados e hispanizados en el virreinato, resulta más verosímil pensar en la labor de artistas novohispanos culturalmente mestizos o en la de intermediarios y “passeurs culturels” como jesuitas, comerciantes o funcionarios. Estos personajes en continuo movimiento pudieron participar tanto en la circulación de ideas y objetos a través de cuatro continentes como en el desarrollo de una cultura material nueva de naturaleza mundial.

No obstante, frente a la búsqueda de factores externos y esporádicos, consideramos más importante detenernos en analizar las circunstancias internas del virreinato que favorecieron el desarrollo de estas manufacturas. Ya nos hemos referido a cómo la nueva élite criolla necesitaba símbolos de estatus, situación que generó una demanda de objetos de lujo que pudo ser aprovechada por los artesanos locales. Estos ofrecían piezas más baratas, en un tiempo menor y se adaptaban al gusto y las necesidades de sus clientes. Además, las características técnicas y los materiales utilizados en estas manufacturas se acomodaron a las disponibilidades locales. Así por ejemplo, las lacas de Michoacán utilizaron técnicas prehispánicas diferentes a las orientales para fabricar el barniz que se colocaba sobre la madera,⁴⁰ mientras que los biombos mexicanos se realizaron tanto de lienzo pintado al óleo como en tela (tafetán, damasco, filipichín, cotense, indiana o elefante), madera o piel (cordobán), modificando la naturaleza de los objetos originales.⁴¹

En una gran parte de estas nuevas manufacturas la iconografía oriental se adaptó y se reinterpreto según el gusto novohispano, adquiriendo un nuevo uso y significado. Estas piezas aparecen designadas en las fuentes como “achinadas”, “a la moda de China”, o “al remedo de China”, si bien conviene aclarar que el hecho de denominar a un mueble de esta manera no tenía por qué significar que el modelo o la técnica en la que se basasen fuera la de este reino. Sabemos que en este periodo, la mayoría de la población no era capaz de distinguir el origen de un objeto, lo que llevaba a calificar como chinas muchas obras japonesas o de la India, solamente por

⁴⁰ La diferencia entre las técnicas y los componentes de los barnices utilizados en Asia y México fue demostrada hace décadas: Francisco de P. León, *Los esmaltes de Uruapan*, México, Dapp, 1939; Teresa Castelló Iturbide, “Maque o laca”, *Artes de México*, México, v. 2, n. 153, 1972, p. 33-82; Teresa Castelló Iturbide, *El arte del maque en México*, México, Fomento Cultural Banamex, 1981.

⁴¹ Alberto Baena, “Intercambios culturales y globalización a través del Galeón de Manila: comercio y producción de biombos (siglos XVII y XVIII)”, en Salvador Bernabéu (ed.), *La Nao de China: navegación, comercio e intercambios culturales*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2013, p. 213-245; Gustavo Curiel, “Los biombos novohispanos: escenografías de poder y transculturación en el ámbito doméstico”, en Gustavo Curiel y otros, *Viento detenido. Mitologías e historias en el arte del biombo*, México, Museo de Soumaya, 1999, p. 9-32.

haber llegado por medio del Galeón de Manila. Por este mismo motivo, es lógico que en las obras “achinadas” se mezclasen elementos de distintas tradiciones asiáticas ya que, dentro de la mentalidad mayoritaria, todo respondía a una misma procedencia genérica. Como veremos, este estilo ecléctico impregnó todas las artes virreinales, desde los motivos de los textiles y la cerámica, hasta la pintura o el mobiliario.

El desenvolvimiento desde finales del siglo XVII de una producción local de objetos “achinados” hizo que la creación de espacios orientales tomase unas características diferentes. Ahora lo que se reproducían eran “escenografías achinadas” que, como en el caso de las asiáticas, servirían para transmitir la idea de sofisticación y lujo. En 1787 Matías de Ribera, patrón del arte de tirador de oro y poseedor de una gran fortuna, hacía alarde en su palacio de todo un conjunto de piezas de influencia asiática hechas en la tierra: dos mamparas achinadas, una cabecera achinada de oro fino, un “*biogo* achinado de oro de dos haces” y otro “ordinario achinado”, dos baúles achinados, 22 taburetes achinados y 3 mesitas de estrado achinadas.⁴² El hecho de que este personaje, que tenía capacidad para acceder a objetos originales de Asia, decidiese decorar sus habitaciones con muebles “achinados” demuestra que éstos también se asociaban en América al refinamiento y la riqueza.

El nacimiento en Nueva España de una producción propia de biombos es un aspecto original y pionero en la historia del arte. Dado el éxito que tuvo la importación de estos muebles en el virreinato, en la primera mitad del siglo XVII comenzaron a elaborarse en talleres locales dos tipos de biombos: aquellos a los que nos referimos como “achinados”, y aquellos otros que introducían temas nuevos ligados con los intereses de la élite novohispana y que se basaban en la tradición pictórica europea.⁴³

⁴² AGN, v. 396, exp. 13, f. 25v-27r.

⁴³ Sofia Sanabrais, “The Biombo or folding screen in colonial México” en Donna Pierce y Ronald Otsuka, *Asia & Spanish America, Trans-pacific Artistic and Cultural Exchange, 1500-1850*, Denver, Denver Art Museum, 2006 (Symposium Series), p. 69-106; Alberto Baena, “Un ejemplo de mundialización: el movimiento de biombos desde el Pacífico hasta el Atlántico (s. XVII-XVIII)”, *Anuario de Estudios Americanos*, v. 69, n. 1, 2012, p. 31-62; Curiel y otros, *Viento detenido*.

Si bien numerosos historiadores del arte han dedicado su atención a analizar el valor artístico de cada uno de los biombos conservados, todavía faltan estudios que analicen estas piezas en su conjunto y como una mercancía más incluida dentro de la economía mundial. Así, resulta necesario investigar la exportación de estos objetos para entender la influencia que ejercieron sobre las manifestaciones artísticas de otros territorios.

Sabemos que la manufactura de biombos mexicanos llegó a ser tan importante que comenzaron a enviarse a España y al resto de América. Así, contamos con referencias a estas piezas en los inventarios de bienes de Sevilla, Madrid o Perú y noticias de su exportación a Caracas.⁴⁴ Los ejemplares mexicanos se transportarían posiblemente a través del comercio del Pacífico, aunque no se descarta que, al igual que sucedió en los casos de Guatemala o Venezuela, también pudieran hacerlo tanto por tierra como por el mar del Caribe.

En América del Sur, los biombos mexicanos adquirieron un valor máximo de 100 pesos, una cantidad importante pero no desmedida si se compara con el resto de bienes de los propietarios o con los ejemplares chinos documentados.⁴⁵ El éxito de estos muebles en los ajueres domésticos de las élites americanas fue tal que estimularon el nacimiento de manufacturas en Guatemala, Colombia y Perú. El análisis de los propietarios de los ejemplares identificados en Lima indica que se trató de personajes insignes del virreinato, especialmente funcionarios reales, como Diego de Carbajal, corredor mayor del reino; Fernando Carrillo, sargento del batallón de milicias de la ciudad de Lima; o Josefa Jiménez Lobatón y Salazar, madre de

⁴⁴ Baena, “Un ejemplo de mundialización”; Sanabrais, *op. cit.* Entre las mercancías que transportaba la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas desde Veracruz a cambio de cacao se encontraban los biombos. Real Compañía Guipuzcoana de Caracas: “Noticias historiales prácticas de los sucessos, y adelantamientos de esta compañía, desde su fundación año de 1728 hasta el de 1764...”, Dispuesto todo por la dirección de la Real Compañía, año de 1765.

⁴⁵ “Un biombo de diez caras pintura de México en 100 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 64 escribano Arredondo 1731, f. 295r; “Un biombo de México la una cara y la otra de cordobán plateado”, AGL, *Protocolos Notariales*, 67 esc. Antonio José de Ascarrunz 1748, f. 784r; “Un biombo de lienzo, pintura de México por ambas caras, con seis hojas maltratado, en 24 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 144, *Lucas de Bonilla*, 1794, f. 107v-108r.

don José de Rezabal y Ugarte, regente de la Real Audiencia de Santiago de Chile. Por la categoría de sus dueños podemos deducir que los biombos mexicanos fueron muy valorados.

En el caso de los ejemplares conservados en Bogotá, se puede apreciar fácilmente la enorme influencia que tuvieron los llegados desde Nueva España en la técnica empleada, los materiales utilizados o los asuntos tratados. Así, en el *Biombo de los proverbios* atribuido al taller de los pintores Figueroa, activos en Santafé de Bogotá durante el siglo XVIII (colección Rivero Lake), encontramos un asombroso parecido formal con los realizados en México y conservados en las colecciones del Museo Soumaya, del Museo de Arte de Filadelfia, del Museo de Arte de Dallas y en la de la Sociedad Histórica de Virginia. En cualquier caso, lo que es innegable es que todas las obras que conocemos se basaron en la misma fuente, los grabados del libro de Otto Vaenius, *Teatro moral de toda la filosofía de los antiguos y modernos*, publicada en Bruselas en 1669.⁴⁶

Por otra parte, los dos biombos santafereños del siglo XVIII con escenas costumbristas se pueden relacionar con aquellos elaborados en México desde años antes con la representación de los lugares más emblemáticos de la capital, en los que también aparecen situaciones y personajes típicos de la tierra, o con sus contemporáneos en los que se mostraban saraos y fiestas campestres. En ambos casos vemos canoas con criollas ricamente vestidas que tocan instrumentos musicales, escenas de galanteo, corridas de toros, etcétera.

Además, resulta interesante el hecho de que estos biombos fueran pintados para el capitán Fernando de Caicedo y Solabarrieta, corregidor de Chita, gobernador de Santiago de las Atalayas y alcalde de Santafé, un importante miembro de la sociedad novogranadina.⁴⁷ Como sucedía en Nueva España, los personajes que debían su fortuna al reino se identificaban con la tierra y estaban orgullosos

⁴⁶ Santiago Sebastián, *Iconografía e iconología del arte novohispano*, México, Grupo Azabache, 1992; Roberto Hernández y Carmen López, *Juegos de ingenio y agudeza, la pintura emblemática en la Nueva España*, México, Museo Nacional del Arte/Ediciones del Equilibrista, 1994, p. 133-150.

⁴⁷ María del Pilar López Pérez, "Itinerario entre la realidad y la intimidad. Biombos coloniales. Pinturas inéditas de la vida virreinal", *Credencial Historia. Revista Digital*, Bogotá, Banco de la República, Biblioteca Virtual Luis Ángel Arango,

de mostrar a los invitados su estilo de vida aristocrático. Por lo tanto, los biombos respondieron a la búsqueda por parte de la emergente aristocracia americana de una forma de expresión propia que reflejase sus gustos y preocupaciones. En los pocos casos en los que conservamos la evidencia de los temas representados en los biombos que decoraban las casas limeñas, observamos que éstos también coincidieron con los que encontramos en Nueva España.⁴⁸

Al igual que en Nueva Granada, la influencia que ejercieron en Perú tanto los biombos llegados de Asia como los de otras partes de América, hizo que surgiese en Lima una producción local de los mismos. Los artesanos peruanos adaptaron los materiales típicos de la zona a su superficie, elaborando ejemplares de lienzo pintado, de tela o de piel. De esta manera, encontramos varios biombos contruidos de vaqueta dorada, que muy probablemente fueron hechos en la tierra, ya que los muebles forrados en piel de ternera curtida, tanto de Huamanga como de Moscovia, fueron muy populares en la ciudad. Este tipo de biombos se colocaba en el cuarto de dormir y tenían la ventaja de hacer juego con el resto de muebles y cojines forrados en este material.⁴⁹ Lo mismo sucedió con los confeccionados en damasco, que a menudo combinaban con las telas que adornaban la cama.⁵⁰

Además de los biombos de vaqueta, tanto en Nueva España como en Perú existieron ejemplares de diversas pieles o telas realizados en badana, cotense, cordobán y “pellejos dorados”. En el caso de los ejemplares localizados en Lima los materiales pudieron importarse

n. 105, septiembre de 1998. Disponible en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revista-credencial-historia?page=25>.

⁴⁸ Entre los bienes que a finales del siglo XVIII tenía Ildefonso Ponce de León, apoderado del gremio de pulperos de la ciudad de Lima, se lista un biombo de diez hojas pintado por uno de los lados con “los cinco sentidos y la creación del mundo y el por el otro varios países”. AGL, *Protocolos Notariales*, 586 esc. Lumbreras, 1792, f. 429v, 477v-478r y f.499v. Éste fue un tema habitual en Nueva España, así ya en 1696 Alférez Gerónimo de Guzmán, tenía en su casa de México un rodaestrado con los sentidos; José Pérez Moscoso, en 1719, otro con “los cinco sentidos”. AGN, *Civil*, v. 1815, exp. 1, f. 19v-20r; AGN, *Civil*, v. 1166, exp. 4.

⁴⁹ AGL, *Protocolos Notariales*, 173, esc. Tomás Y. Camargo, año 1785, f. 690v; AGL, *Protocolos Notariales*, 634 esc. Francisco Luque, año 1776, f. 1295v; AGL, *Protocolos Notariales*, 723 esc. Mendoza y Toledo, año 1793, f. 778v.

⁵⁰ AGL, *Protocolos Notariales*, 81 esc. Orencio Ascarrunz, año 1760, f. 647v.

desde otras regiones o, más probablemente, haber sido hechos con materiales importados también de Huamanga.⁵¹ Otro ejemplo muy interesante de la adaptación de elementos regionales en la producción de biombos limeña fue el uso de madera de Chile para su estructura, muy común en los muebles corrientes de las casas del virreinato.⁵²

Las piezas construidas en lienzo tuvieron la novedad de incorporar a sus bastidores el estilo de la escuela de Lima, como demuestra el hecho de que fueran descritos en las fuentes como de “pintura de Lima” o de “pintura del reino”, pudiendo ser pintados por una cara o por las dos.⁵³ No conocemos los temas que fueron representados, pero al ser obras de encargo debieron ajustarse a los intereses de la élite criolla a la que pertenecían sus dueños. Ya para el siglo XIX conservamos un biombo peruano que, a pesar de ser posterior a la independencia, nos habla de la relación que existió entre los asuntos escogidos, las inquietudes políticas de sus dueños y la asunción de las tradiciones artísticas del virreinato. Se trata de un ejemplar en el que vemos representada una genealogía de los incas junto a los escudos del Cuzco y del Perú, y en el que los reyes de España han sido sustituidos por “el libertador”. Si dejamos a un lado la iconografía republicana, este tipo de temas fue muy común en la pintura virreinal peruana y manifestaba la identificación con el pasado prehispánico del reino.⁵⁴

Los propietarios de estos biombos de pintura limeña formaron parte del grupo más selecto de la sociedad, como Rosa Juliana Sán-

⁵¹ El comercio de badanas, baquetas, cordobanes y pellejos entre Huamanga y Lima fue muy importante en el siglo XVIII: Jaime Urrutia, “La diversidad huamanguina: tres momentos en sus orígenes”, *IEP*, Lima, Documento de Trabajo, Serie Historia 11, n. 57, 1994. Algunos ejemplos hallados en Lima: Badana (AGL, *Protocolos Notariales*, 829 esc. Josep Palomino, 1704, f. 317v.), cotense (AGL, *Protocolos Notariales*, 741 esc. Joseph Montiel Dávalos, 1778, f. 223r), crudo (AGL, *Protocolos Notariales*, 1061 esc. Torres Preciado, 1767/1768, f. 669v), pellejos dorados (AGL, *Protocolos Notariales*, 1148 Marcos de Uceda, 1744, f. 254v).

⁵² AGL, *Protocolos Notariales*, 160 esc. Mariano A. Calero, año 1776, f. 511v.

⁵³ AGL, *Protocolos Notariales*, 76 esc. Orencio de Ascarrunz, año 1750, f. 553r; AGL, *Protocolos Notariales*, 871 esc. Agustín Gerónimo de Portalanza, año 1761, f. 338v.

⁵⁴ Marcos Chillitupa Chávez, biombo con genealogía de los incas, 1837, escuela de Cuzco, Colección particular de la familia Pastor, Lima, Perú.

chez de Tagle, marquesa de Torre Tagle, que tuvo uno en la cuadra de dormir de su palacio.⁵⁵ Junto a estos biombos existieron un grupo muy numeroso sin identificar o que fueron calificados como “corrientes” u “ordinarios” y que, por su bajo valor, es poco probable que hayan sido importados de Asia o Nueva España. Por lo tanto, es probable que algunos de estos ejemplares también fueran elaborados por artesanos locales.

Los biombos no fueron un caso aislado sino que hubo otros objetos de lujo que se produjeron en América a partir de influencias foráneas. Por un lado, el gusto por las piezas de maque oriental dio como resultado una producción de muebles y bateas pintadas y lacadas en Michoacán que aprovechaba técnicas prehispánicas. Ya en el siglo XVIII, el fraile Francisco de Ajofrín, en su *Diario del viaje a la Nueva España*, se refería a Pátzcuaro como un centro ya consolidado en la elaboración de maderas lacadas, excediendo incluso “en primor y lustre a las maques de la China”.⁵⁶ Junto a esta zona, Puebla, Campeche y Oaxaca también tuvieron desde muy temprano unas producciones importantes de muebles. Estos tres tipos de manufacturas fueron exportados con frecuencia a España y al resto de América, lo que prueba lo valorados que fueron internacionalmente.⁵⁷

⁵⁵ AGL, *Protocolos Notariales*, 871, esc. Agustín Gerónimo de Portalanza, año 1761, f. 338v.

⁵⁶ Francisco de Ajofrín, *Diario del viaje a la Nueva España*, México, Secretaría de Educación Pública/Cultura, 1986, p. 97.

⁵⁷ María Paz Aguiló, “Aproximaciones al estudio del mueble novohispano en España”, en *El mueble del siglo XVIII: nuevas aportaciones a su estudio*, Barcelona, Adjuntament de Barcelona, 2008, p. 19-32; Jorge F. Rivas, “Observaciones sobre el origen, desarrollo y manufacturas del mobiliario en América Latina”, en Joe Rischel y Suzanne Stratton-Pruitt (eds.), *Revelaciones. Las artes en América Latina, 1492-1820*, México, Fondo de Cultura Económica/Antiguo Colegio de San Ildefonso, 2006, p. 484-515; M. P. Aguiló, “El coleccionismo de objetos procedentes de ultramar a través de los inventarios de los siglos XVI y XVII”, en *Relaciones artísticas entre América y España*, Madrid, Alpuerto, 1999, p. 108-149; Ramón Gutiérrez (ed.), *Pintura, escultura y artes útiles en Iberoamérica, 1500-1825*, Cátedra, 1995; Marita Martínez del Río, “El mueble civil”, en *El mueble mexicano. Historia, evolución e influencias*, México, Fomento Cultural Banamex, 1985, p. 49-70; Juan Manuel Corrales, “Muebles virreinales oaxaqueños realizados en zumaque. La marquetería de Villa Alta”, *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, v. LXVI, n. 1, enero-junio 2011, p. 57-88; V. Armella, *Labores de ebanistería en la Nueva España*, México, Grupo

En lo que al Pacífico se refiere, tenemos noticias por los inventarios de bienes de la ciudad de Lima de la importación de muebles de Nueva España desde inicios del siglo XVII, tanto de “cujas de viaje” como de escritorios, papeleras, guardarropas, tocadores, baúles o cajas.⁵⁸ Lo que llama la atención de los trabajos del siglo XVIII es que una gran parte de ellos fue realizada con maderas nobles e incrustaciones de concha nácar, carey, marfil o, incluso, de otras maderas. En este sentido, podemos pensar en Campeche como uno de los posibles centros exportadores ya que en esta zona abundaban las tortugas y la concha nácar que, junto con el hueso, eran aplicadas sobre maderas de calidad como el ébano o la caoba de La Habana. Estas materias primas también eran exportadas hacia Puebla, donde también existió una manufactura importante de muebles de lujo. Cabe destacar que en los casos localizados de muebles mexicanos en Perú, éstos no aparecían aislados sino que lo hacían junto a cerámicas, pinturas o biombos mexicanos.

Capítulo aparte merece la producción de muebles de lujo en Guatemala. Lo que diferenciaba a estas manufacturas del resto eran

Gutsa, 1994; *El mueble colonial de las Américas y su circunstancia histórica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1987; Manuel Romero de Terreros, *Las artes industriales en la Nueva España*, México, Banco Nacional de México, 1982.

⁵⁸ “Un escritorio de México con cubierta de cuero negro”, AGL, *Protocolos Notariales*, 797 esc. González Contreras, año 1613b, f. 3031r; “un bufetillo pequeño cubierto de hoja de plata de México en 30 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 1791 esc. Sánchez Vadillo, año 1629, f. 235v; “una cuja de México muy antigua”, AGL, *Protocolos notariales*, 473 esc. Fernández de la Cruz, año 1651, t. 1, f. 906v; “un escritorio embutido en concha de perla de México en 80 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 318 esc. Francisco Estacio Melendes, año 1718, f. 782r; “las tarimas que sirven de estrado y un petate de México [...] dos cajitas de costura de México con sus mesitas”, AGL, *Protocolos Notariales*, 1 esc. Joseph de Agüero, año 1732, f. 607r-636r; “un guardarropa de México”, AGL, *Protocolos Notariales*, 887 esc. Salvador Gerónimo de Portalanza, año 1748, f. 730v-736v; “un tocador hecho en México todo embutido en concha de perla que costó 100 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 1018 esc. Juan B. Thenorio Palacios, año 1771, f. 63v-66v; “por dos cajitas de ébano como de más de vara de largo embutidas en carey y marfil y concha de perla en 200 pesos por dos dichas de México con sus mesitas bien tratadas en 100 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 515 esc. Gregorio González Mendoza, año 1772, f. 545v-552v; “dos baúles grandes de México con sus estucidos 30 pesos, dos cajitas de México enconchadas, con sus respectivas mesitas, también enconchadas 40 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 634 esc. Francisco Luque, año 1776, f. 1282r-1331v.

sus acabados de extrema calidad con materiales caros. Estas características hicieron que alcanzaran precios muy elevados, superando con mucho a los de las piezas mexicanas o asiáticas. Se trató, por lo tanto, de objetos muy valorados a los que sólo pudo tener acceso una élite económica muy reducida y muchos de ellos se destinaron a la exportación. Contamos con varios ejemplos que demuestran que estos muebles fueron enviados con éxito hacia el virreinato del Perú, encontrándose entre las propiedades de los personajes de mayor fortuna de la capital.⁵⁹ Así por ejemplo, en 1767 Agustín de Salazar, conde de Monteblanco, mandó tasar un conjunto excepcional de muebles de Guatemala que tenía en su palacio de Lima:

En la cuadra de estrado se hallan:

Dos papeleras embutidas en concha de perla perfiladas en campo de carey, guarnecidas y cantoneadas de plata sobredorada, y valen según mi inteligencia 3 000 pesos.

Una mesita de estrado redonda de un pie y coluna que lo sustenta embutida en concha de perla perfilada en campo de carey obra hermana de dichas papeleras y vale 400 pesos.

Asimismo tasé dos mesitas de estrado cuadradas con dos cajitas hermanas de dichas papeleras y mesitas embutidas en concha de perla y campo de carey y guarnecidas de plata sobredorada que valen 600 pesos.

⁵⁹ “[P]or la mitad de dos escritorios embutidos en concha de perla hechura de Guatemala de tres cajas con sus mesas tasados en 800 pesos y por su mitad 400 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 515 esc. Gregorio González Mendoza, año 1772, f. 454r-465v; “Unos escritorios de Guatemala con 6 contadores y mesas embutidos en carey y concha de perla de tres cuerpos de media luna 600 pesos (tasación f. 650r), una cajita de costura y su mesita de estrado embutidas de carey y concha de perla/de Guatemala ya usada 80 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 1151 esc. Marcos de Uceda, año 1748, f. 624r-639v y 642v-661r; “un par de escritorios con sus bufetes y cajitas encima embutidos de concha de perla hechos en Guatemala que valen 1400 pesos, un escaparate hermano en 1800 pesos” AGL, *Protocolos Notariales*, 1130 esc. Uceda, año 1727, f. 366r; “un par de escritorios echura de Guatemala con sus mesas y contadores en 600 pesos, dos cajitas con sus mesas echura de Guatemala en 100 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 265 esc. Alvarado, año 1723, f. 45r-46v; “una mesa redonda embutida de carey y nácar hechura de Guatemala en 12 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 144 esc. Lucas de Bonilla, año 1794, f. 91r-120v.

Asimismo tasé dos escritorios con mesas en campo de carey embutidas en concha de perla, cantoneadas de latón, su fábrica en dicha Guatemala valen 3 000 pesos.

Asimismo tasé un escaparate que se halla en el cuarto de dormir de la misma fábrica de los escritorios con campo de carey, embutido en concha de perla, cantoneados y chapeado de latón vale 2 000 pesos.

Asimismo tasé un biombo que se halla en el cuarto de dormir embutido en concha de perla en campo de carei con una tarja cada oja, con sus fábulas de la China, de buena pintura y vale conforme está 1 200 pesos.⁶⁰

El precio total de todas las piezas tasadas era de 10 200 pesos, una auténtica fortuna para la época, lo que refuerza la idea de que se trató de elementos suntuosos muy exclusivos y estimados. Este inventario nos plantea varias cuestiones importantes que todavía no han sido resueltas por la historiografía: si hubo un tipo de muebles de lujo americanos que pudo superar en precio a los realizados en Asia; qué efecto tuvo la aparición de estas manufacturas y su exportación en el comercio colonial, o hasta qué punto se extendió entre los artesanos locales una producción propia de influencia oriental, paralela a la *chinoiserie* europea. Como vimos en el caso de otras manufacturas americanas, el fenómeno de asimilación y reinterpretación de la iconografía oriental en América se remonta al siglo XVII y se extiende por la centuria siguiente, por lo que conviene matizar las teorías que atribuyen una importancia decisiva a la recepción de la influencia europea del siglo XVIII.⁶¹

Al igual que sucedió con los biombo, también hubo una producción local de muebles de lujo en Lima que se caracterizó por las incrustaciones de carey, concha nácar e hilos de plata. A pesar de que en muchas ocasiones se han catalogado estas piezas como de procedencia

⁶⁰ AGL, *Protocolos Notariales*, 83 esc. Orencio Ascarrunz, año 1765-1767, f. 1035r-1035v.

⁶¹ Gustavo Curiel, por ejemplo, destaca la influencia que tuvieron las importaciones francesas e inglesas sobre la producción de muebles achinados en el virreinato. Gustavo Curiel, "Perception of the Other and the Language of 'Chinese Mimicry' in the Decorative Arts of New Spain", en Donna Pierce y Ronald Otsuka, *Asia & Spanish America, Trans-Pacific Artistic and Cultural Exchange, 1500-1850*, Denver, Denver Art Museum, 2006 (Symposium Series), p. 9-32.

filipina, india, de Asia continental o mexicana, las últimas investigaciones señalan su origen en un taller limeño. En los casos de la caja del Los Ángeles County Museum of Art (LACMA) o del mostrador con el escudo de la familia Tagle conservado en el Meadows Museum (Texas) la influencia japonesa o coreana resulta evidente en la decoración floral. Además, las patas de la segunda tienen la forma de leones de Foukien.⁶² La cuestión que queda abierta es si estos referentes orientales se tomarían directamente de los ejemplos asiáticos o si se transmitirían a través de los muebles novohispanos y guatemaltecos presentes en Perú, los cuales ya habrían realizado este proceso de asimilación con anterioridad.

Otro elemento imprescindible en la decoración de cualquier palacio fueron los cuadros. Las pinturas de las diferentes escuelas europeas también eran muy demandadas por los ricos criollos y viajaron en el interior de los barcos que circularon por el Pacífico. Las pinturas novohispanas también se enviaron hacia el resto de América, aunque en menor cantidad que las obras españolas, flamencas o italianas. El valor de estas pinturas aumentaba cuando el propietario decidía utilizar marcos realizados con maderas nobles e incrustaciones de materiales preciosos, siendo comunes en el siglo XVIII los de madera laqueada.

Por medio de los asuntos representados, los propietarios mostraban su devoción o sus inquietudes artísticas y culturales. Los temas escogidos eran generalmente religiosos, destacando la exportación desde Nueva España de pinturas de la virgen de Guadalupe, muy frecuente en los inventarios limeños y de las que solía hacerse referencia a su origen mexicano.⁶³ Curiosamente, uno de los propietarios limeños de un biombo de Nueva España también tuvo un lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe, sugiriendo la idea de que el tráfico de ambos tipos de pinturas se realizaría por los mismos

⁶² Gustavo Curiel, “Mostrador limeño”, *Imágenes del Instituto de Investigaciones Estéticas, Revista electrónica*, disponible en http://www.esteticas.unam.mx/revista_imagenes/imago/ima_curiel05.html.

⁶³ “Un lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe de México”, AGL, *Protocolos Notariales*, 940 esc. Francisco Sánchez Becerra, año 1700, f. 453v-459v; “un lienzo de nuestra señora de Guadalupe de México con su marco dorado en 8 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 289 esc. Pedro de Espino Alvarado, año 1734, f. 778r-780r.

mecanismos.⁶⁴ Del mismo modo, en Filipinas encontramos varios ejemplos de cuadros de esta virgen, puede que llevados entre las propiedades de los comerciantes novohispanos que viajaban hasta las islas.⁶⁵ Además, la imagen de la Guadalupana también se encontró tanto en los marfiles que se encargaban a artesanos chinos como en los que se produjeron en el virreinato.⁶⁶

Sobre otras manufacturas artísticas típicamente novohispanas tenemos menos información. Sabemos que los “enconchados” y los trabajos de plumería fueron exportados con éxito hacia la península, siendo frecuentes entre todos aquellos funcionarios o comerciantes que tenían trato con la carrera de Indias. Sin embargo, no hemos encontrado referencias específicas en los inventarios consultados en Lima.⁶⁷ Se trata, por lo tanto, de un tema abierto para la investigación y que en el futuro deberá comprobar si los ejemplares conservados en las colecciones particulares llegaron en el periodo colonial.

Los cocos “guarnecidos” fueron utilizados frecuentemente para tomar chocolate, y circularon por el Pacífico ejemplares asiáticos y americanos. Estas piezas deben estudiarse con cuidado ya que muchas podían ser originales de un lugar y trabajarse en otro. Su condición como piezas de distinción venía determinada por la decoración y el ritual seguido para su uso. En los inventarios de Nueva España, por ejemplo, aparecen cocos de Guatemala decorados con

⁶⁴ “Un lienzo de Nuestra Señora de Guadalupe en 10 pesos”, AGL, *Protocolos Notariales*, 144 esc. Lucas de Bonilla, año 1794, f. 91r-120v.

⁶⁵ En el pueblo de Santa Mónica, jurisdicción de Tondo, en 8 de julio de 1693, entre los bienes del capitán Pedro Verostegui, factor juez oficial de la Real Hacienda, se encuentra un cuadro de Nuestra Señora de Guadalupe (AGL, *Contaduría*, 1251, f. 593r-594v). El general Sebastián Rayo Doria, alcalde mayor de la jurisdicción de Tondo, de 1670 a 1677, y propietario de una tienda en el Parián de Manila: “Un lienzo con su marco y cortina de saya azul de más de dos varas de alto de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe en 10 pesos” (AGL, *Filipinas*, 33, n. 2, d. 65, f. 88v-97v).

⁶⁶ Sánchez Navarro, *op. cit.*, p. 101 y 120.

⁶⁷ En el Museo Pedro de Osma (Lima, Perú) existen varios ejemplos de enconchados. Sobre las pinturas de concha nácar, véase Sonia I. Ocaña, *Láminas de concha: un caso de autonomía en la pintura novohispana de los siglos XVII y XVIII*, tesis doctoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Estéticas, 2011.

filigrana de plata que debieron ser habituales en las recepciones femeninas de las familias aristocráticas del siglo XVIII.⁶⁸

Por último, otro aspecto muy común en las exportaciones fue la cerámica, tanto los jarros y las figuras realizados en Tonalá y Guadalupe como las jícaras y tecomates de Olinalá, de los que Joaquín Alejo de Meave aseguraba que se comerciaban hasta Perú a finales del siglo XVIII.⁶⁹ Incluso encontramos piezas de metal y madera, como “los tres azapatitos de México de latón con su pintura de la China” que tenía Josefa de las Infantas entre sus propiedades de la ciudad de Lima.⁷⁰ Todas estas piezas compartían espacio en los escaparates con las porcelanas venidas de Asia o con los conjuntos de vidrios europeos, por lo que también debieron considerarse valiosas por sus propietarios. En dirección contraria, la cerámica de Chile fue muy utilizada y se encuentra en numerosos inventarios desde Perú hasta México, aunque parece que fue de una calidad menor a las anteriores.

Consideraciones finales

El comercio de objetos de lujo durante los siglos XVII y XVIII nos permite reconstruir las rutas legales e ilegales que hicieron del Pacífico un espacio integrado económica y culturalmente. El consumo de estas mercancías en los palacios de ambas orillas del océano nos habla de una cultura material de carácter mundial que compartía la necesidad de conseguir símbolos de estatus y jerarquización que, al margen de su belleza o valor, actuasen para justificar el ascenso social de nuevos grupos enriquecidos por la guerra o el comercio. El disfrute de estos objetos era un indicador social imprescindible y,

⁶⁸ “Dos cocos de filigrana de Guatemala se aprecio cada uno en 9 pesos”, AGN, *Civil*, v. 1327, exp. 1, año 1733, f. 193r.

⁶⁹ Joaquín Alejo de Meave, *Memoria sobre la pintura del pueblo de Olinalá*, México, Gaceta de la Literatura, 1791. Reimpreso por Antonio Alzate, Puebla, 1831, p. 212-221.

⁷⁰ AGL, *Protocolos Notariales*, 161 esc. Antonio Mariano Calero, año 1778, f. 54r-70v, 96r-108v.

por lo tanto, se convirtió en un aspecto fundamental de la identidad de las élites.

El movimiento de piezas suntuarias, su adaptación a contextos diferentes y su producción fuera de sus lugares de origen, son un excelente ejemplo de muchas de las características que definieron la modernidad ibérica y que se asocian al fenómeno de la mundialización.⁷¹ En los trabajos realizados en América encontramos el rastro de la influencia de tres tradiciones artísticas, unidas en un ejercicio de sincretismo que se manifestó de una manera nueva y original, pero que también supuso un negocio lucrativo para comerciantes y artesanos.

El análisis de las mercancías implicadas en el tráfico del Pacífico nos demuestra la vitalidad y la variedad de las manufacturas novohispanas de lujo. Su comercio superó las fronteras del virreinato para viajar a Europa y al resto de América, ejerciendo una importante influencia en estos territorios. Los biombos y los muebles conservados hasta la fecha dan testimonio de la relación artística que se tejió entre Nueva España, Guatemala, Nueva Granada o el virreinato del Perú. Todavía queda mucho por saber sobre el origen y desarrollo de la manufactura de muebles en las diferentes regiones de Sudamérica, pero es claro que a la influencia europea deben sumarse la asiática y la del resto del continente.

Finalmente, nuestro trabajo deja abiertas muchas preguntas, pero demuestra la necesidad de realizar estudios que superen las fronteras nacionales y miren al Pacífico como un océano de relaciones e influencias mutuas. Si queremos entender la complejidad de los contactos entre estos territorios deberemos asociar las investigaciones sobre el tráfico de mercancías a las de los intercambios culturales, ya que sólo así podremos obtener una imagen más completa de qué motivó y qué supusieron estos fenómenos.

⁷¹ Sobre la mundialización en la Edad Moderna, véase Gruzinski, *op. cit.*

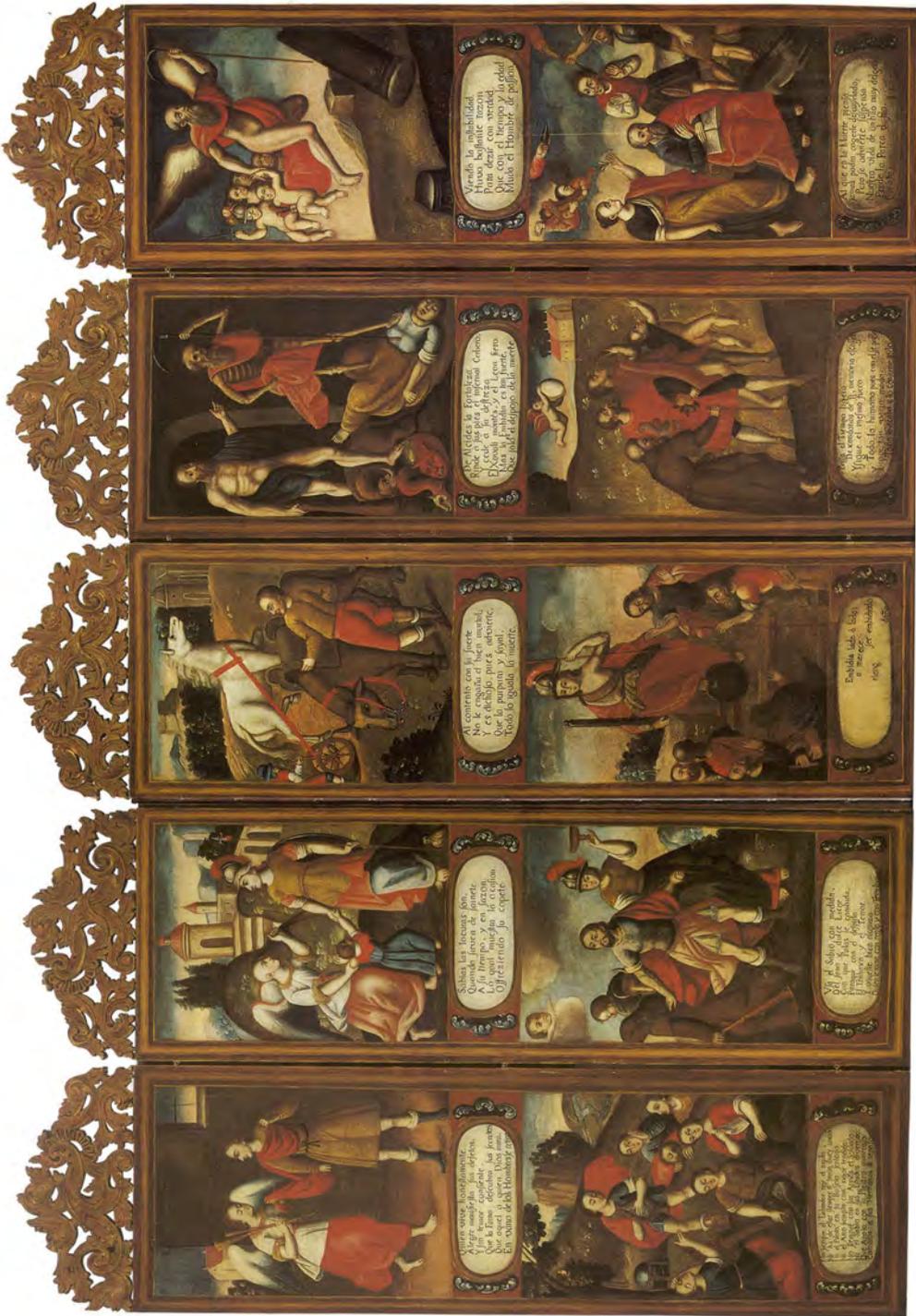


Figura 1. *Biombo de los proverbios*, siglo XVIII, taller de los Figueroa, Santafé de Bogotá. Col. Rivera Lake (Agradezco al anticuario Rodrigo Rivera Lake que me facilitara la imagen)



Figura 2. Caja con incrustaciones de concha nácar, marfil y madre perla, siglo XVIII, Lima (Perú).
Col. Los Ángeles County Museum of Art (www.lacma.org)